

«concilio galicano para reformar la Iglesia y cortar muchos abusos».

Entretanto, la Sorbona se indignaba. Obtuvo del Parlamento (Junio de 1523) la orden para confiscar los *Comentarios á los Evangelios*, y citó á Lefèvre, á pesar de su nuevo título de vicario general, á que comparciese para responder de ciertas proposiciones sospechosas de herejía. El rey intervino de nuevo, interrumpió la persecución y evitó la supresión del libro.

Peró salió Francisco I para Italia, y se verificó el primer cambio. Luisa de Saboya creyó necesario acercarse á la Iglesia. Acogió las quejas de la Sorbona, que se lamentaba de que la persiguieran, y organizó una misión para «abatir y aniquilar las herejías de Lutero».

Ya se estaba ocupando la Sorbona en condenar á los predicadores de Meaux por ciertas frases contra el culto de las imágenes y contra la creencia en santos curanderos de tales ó cuales enfermedades, cuando apareció el *Nuevo Testamento francés*, de Lefèvre d'Étapes, con su epístola exhortatoria donde había otras herejías peores. «Ha llegado el tiempo de que nuestro Señor, única salvación verdad y vida, quiere que su Evangelio se anuncie con pureza por todo el mundo... Es preciso que los simples miembros de la Iglesia que no conocen más lengua que la galicana, puedan estar tan ciertos de la verdad evangélica como quienes poseen el latín... No vamos más que al Padre Celestial por Jesucristo. Los hombres y su doctrina no son nada, pero Jesucristo lo es todo... Dejemos la muerte y tomemos la vida. Dejemos la noche y tomemos el día.»

La Sorbona creyó que podía volver á tomar la ofensiva. Pedro Lizet, abogado general del Parlamento, conocido ya por su celo contra la herejía, intentó nuevas persecuciones contra Lefèvre y su libro. El 26 de Abril de 1524, llegó de La Fère, donde todavía estaba el rey, una carta en que mandaba al Parlamento que no pasara de allí. «El rey quiere enterarse primero de lo que haya.» En cuanto á «Fabri, muy estimado en su reino y fuera de él, no quiere que se le toque».

Tal era la situación en 1525. En los diez primeros años de reinado no se arrancó al poder ningún acto de persecución sangriento. El favor regio protegió visiblemente á los innovadores religiosos, á quienes defendió contra la Sorbona y los monjes. Por poco hondas que fueran sus convicciones religiosas, hay que hacer constar, en loor del rey del Renacimiento, aquel primer impulso, que fué bueno, y que seguramente fué muy suyo.

II.—Fluctuaciones del rey entre las dos políticas

ATURDIMIENTO Y REACCIÓN DESPUÉS DE PAVIA.—El desastre de Pavia y el cautiverio del rey dieron el poder á Luisa de Saboya; la primer necesidad de la regente fué buscar apoyo en todas las fuerzas constituidas del país. La política á la cual ya la hemos visto inclinada, se convirtió en una necesidad. La Sorbona por arriba y las órdenes religiosas por abajo reclamaban con grandes voces la represión de la herejía. El 20 de Marzo, el presidente de las Cuentas, Juan Briçonnet, el mismo hermano del obispo, traducía ingenuamente ante el Parlamento el aturdimiento general; tales calamidades no pueden proceder «más que de los pecados enormes que se cometen cada día en esta ciudad». El Parlamento pidió á la Regente que obtuviera del Padre Santo «un rescripto para informar hasta contra arzobispos, obispos y otros prelados» (alusión á Briçonnet). El breve pontificio del 20 de Mayo delegó plenos poderes á dos consejeros, elegidos por el Parlamento, para juzgar sin apelación á los herejes; medida importante en cuanto cortaba por lo sano todos los conflictos entre ambas jurisdicciones hasta entonces paralelas, laica y eclesiástica.

DISPERSIÓN DEL GRUPO DE MEAUX; SUMISIÓN DE BRIÇONNET.—El obispo de Meaux no había aguardado las órdenes del Parlamento para reprimir las audacias que empezaban á estallar en su diócesis. Por Navidad, una bula del papa Clemente VII que publicaba indulgencias, fué rota en la iglesia y sustituida por un pasquín en que se trataba al papa de Antecristo. En Enero una mano desconocida había desgarrado unas

invocaciones á la Virgen. El obispo había excomulgado á los autores de «hechos tan execrables». El Parlamento logró prender á algunos, que fueron azotados por el verdugo y desterrados del reino. Uno de ellos, Juan Leclerc, joven cardador de lana, fué llevado á Meaux «para marcarlo con la flor de lis en la frente» antes de desterrarlo. Cuando el hierro candente se estaba hundiendo en la carne, salió de la muchedumbre una voz que decía: «¡Viva Jesucristo y su señal!» (su marca). Era la madre del pobre cardador que le alentaba. Á los pocos meses, Leclerc, refugiado en Metz, rompió una imagen de la Virgen y padecía heroica-

prenderla con los eses y con el propio obispo. Los franciscanos fueron sus acusadores. El Parlamento, en 28 de Agosto, previo informe de la Sorbona, dictó un decreto de principio suprimiendo todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento trasladados del latín al francés, lo cual era condenar de una vez todas las obras de Lefèvre d'Étapes. El 3 de Octubre, el Parlamento mandó prender á tres de los predicadores de Meaux y á doce feligreses suyos, citando á comparecer ante los comisarios del papa á un abogado, á un párroco, á Lefèvre y á Briçonnet. Para que no faltara nadie, suplicó á la Regente que le enviara á Miguel de Aranda,



Siglo XVI. Talla en madera (Museo del Louvre)

mente el suplicio más horrible (29 de Julio de 1525). Fué el segundo luterano quemado en Metz. El primero había sido Juan Chatelain, cuyo suplicio se verificó en Enero ante una muchedumbre de la cual formaban parte dos obispos y veinte abades; había aún tan poca costumbre de estos espectáculos, que el pueblo sublevado estuvo á punto de matar á los sacerdotes al regreso, y antes de que las tropas pudieran restablecer el orden, sacó de las cárceles del Provisor á otro cura compañero de Chatelain (1).

No bastaba con haber mostrado rigor con algunos pobres artesanos exaltados, á quienes no defendió el obispo; había que em-

predicador de Margarita. El viejo Lefèvre se refugió en Estrasburgo con Gerardo Rousel. Miguel de Aranda, en vez de comparecer, buscó tan buenas protecciones que á los pocos meses fué nombrado obispo de San Pablo de los Tres Castillos. En cuanto á Briçonnet, después de haberse portado momentáneamente con gallardía, tomó su resolución, que no fué nada heroica. Publicó dos pastorales, una en términos dignos de la Sorbona contra Lutero, otra proclamando «que hay Purgatorio, que se debe rezar por los difuntos, que hay que invocar el nombre de la Santísima Virgen y de los demás bienaventurados». Después de aquella doble demostración de obediencia, se presentó ante el Parlamento, y pidió que se le interrogase en «pleno tribunal». Se le envió desdeñosamente ante los dos comisarios del papa, como

(1) Wolfgango Schuh, párroco de San Hipólito, en Lorena, cuyas herejías eran análogas á las de Briçonnet, fué quemado vivo en Nancy el 21 de Junio de 1525; consultada la Sorbona había dado su opinión el 15 de Marzo.

á los acusados vulgares. No le ahorraron ninguna humillación, ni aun después de haber repuesto á los franciscanos en todos los púlpitos; acabaron por interrogarle acerca de ciertas canciones en que las pobres ovejas se consolaban, á estilo francés, de la palinodia de sus jefes (1). Excomulgó á los copleros anónimos, y multiplicó los actos de sumisión hasta llegar á una ceremonia de retractación pública en sus iglesias de Meaux en presencia del primer presidente y del comisario pontificio.

Margarita no imitó la defección del obispo. Llegada recientemente, había ido á cuidar á su hermano, tratado con muy poca generosidad por Carlos V. Encontró tiempo para hacerle escribir desde la cárcel una carta digna de él, que ordenaba al Tribunal cesar en todos los procedimientos contra Lefèvre y sus principales compañeros. La carta real declaraba sin ambages que eran perseguidos «por ciertos teólogos que les tienen mala voluntad» y repetía que el rey «no quiere tolerar que sin razón se persiga, calumnie ni moleste á Fabri». La orden formal, fechada en Madrid el 12 de Noviembre, refrendada por el canciller, fué transmitida oficialmente por la regente. El Parlamento contestó á la regente que «en tales materias no podía sobreseer ni aplazar honrosamente y sin ofender mucho á Dios». Y el proceso continuó.

PRIMERAS HOGUERAS EN PARÍS (1505-1528).—Á falta de jefes, se empezó por quemar á herejes oscuros. El primero fué La Tour, caballero del Poitou que volvía de Escocia, convicto de haber sembrado varios errores luteranos (Octubre 1525). El segundo fué Guillermo Jobert, joven de veintiocho años, hijo del abogado del rey en la Rochela, al cual, por haber hablado mal de Nuestra Señora y de los santos, «se le llevó á la plaza Maubert, se le taladró la lengua, se le es-

(1) Canción nueva que dice:

*Ne prêchez plus la vérité,
Maitre Michel,
Contenu en l'Évangile:
Il y a trop grand danger
D'être mené
Dedans la Conçiergerie.
Lire, lire, lironfa.*

No prediques más la verdad contenida en el Evangelio, maese Miguel; que es ponerse en grave peligro de que lo metan á uno en la cárcel.

tranguló y se le quemó». No se creyó posible asimilar con los luteranos á los pobres artesanos de Meaux; de modo que la mayor parte fueron condenados á prisión. El más comprometido de todos era un tal Jacobo Pauvant ó Pavannes. Solicitado por uno de sus antiguos compañeros de lucha, que había reconquistado su puesto de doctor en la Sorbona á costa de una abjuración, Pauvant se retractó de sus dichos contra el Purgatorio, las indulgencias y los cirios, y no le castigaron mas que á cárcel perpetua (Diciembre de 1525). Pero como primer ejemplo de un fenómeno psicológico que había de reproducirse con frecuencia, en cuanto lo encerraron en la abadía donde había de sufrir su castigo, Pauvant empezó á lamentarse y á suspirar, se echó en cara su cobardía y no pensó más que en repararla. Llevado otra vez ante los comisarios del papa, se pronunció enérgicamente contra la misa y fué condenado á muerte y quemado vivo en la plaza de Grève el 28 de Agosto de 1526. Desde la hoguera arengó al pueblo, en tales términos, que el teólogo Pedro Cornu decía: «¡Ojalá que se hubiera gastado la Iglesia un millón en oro y no hubiera dejado hablar á ese hombre!» La cuarta víctima fué un ermitaño del bosque de Vincennes, también reincidente voluntario. Luego cayeron «un protonotario que tenía varios beneficios», Lucas Doullon (Marzo de 1527) y un barquero de Meaux (Diciembre de 1528), ambos quemados en la plaza de Grève por haber hablado mal de la Virgen.

Por último, en los primeros días de 1528, apareció pegada en la iglesia de Meaux una supuesta bula del papa «que mandaba leer y releer los escritos de Lutero». Briçonnet se apresuró á dar cuenta al Parlamento, y á los pocos meses, para saludable escarmiento, el Parlamento mandó quemar vivo en la plaza de Meaux á un pobre hombre del pueblo de Rieux, llamado Dionisio, culpable de haber hablado de la misa en sentido luterano. Cuéntase que Briçonnet fué á verle en su cárcel, tratando de salvarle por medio de una retractación. El labriego prefirió la muerte. Fué uno de los primeros á quienes se aplicó un nuevo sistema de ejecución. «Tres veces fué levantado en el aire por en-

cima de un fuego lento, y no dejó de rezar hasta que exhaló el último suspiro (3 de Julio de 1528).

LUIS DE BERQUIN.—Además de Lefèvre d'Étaples, el hombre á quien odiaba y temía más la Sorbona era un caballero de Artois, amigo del rey, llamado Luis de Berquin, hombre «muy culto y de espíritu muy libre» (Bèze). Tenía el grado de doctor en teología y el título de consejero del rey. Le enlazaba estrecha amistad con Erasmo. Se había puesto á traducir los tratados de los reformadores alemanes y á escribir otros semejantes. Confiscáronse libros y papeles en 1523, al mismo tiempo que los *Comentarios*, de Lefèvre. El Parlamento le mandó prender y empezó su proceso; pero á los tres días (el 8 de Agosto) el capitán de guardias del rey fué á reclamar el preso. Lo único que pudo hacer la Sorbona fué quemar sus papeles en el atrio de Nuestra Señora.

En 1526, viendo propicias las circunstancias, la Sorbona reanudó la persecución contra Berquin. De nuevo fué encarcelado. Margarita intervino, hizo oponer el veto real y alcanzó hasta el de su madre. El Parlamento, aprovechando la ausencia, no cedió, resolvió no soltar á Berquin y seguir su proceso (20 de Febrero). Pasaron meses, se repitieron las órdenes de ponerle en libertad, y Francisco I, apenas de regreso en Francia, las reprodujo enérgicamente (11 de Julio de 1526). Nada se logró. Irritado con tal resistencia, el rey mandó suprimir los libros de Beda, el síndico fanático y rencoroso de la Sorbona, «rey de la montaña de Santa Genoveva». Por último, en Noviembre mandó á dos arqueros de su guardia que sacaran á la fuerza de la Conserjería á Berquin. Recogióle provisionalmente en el Louvre; la buena Margarita alcanzó de Montmorency su libertad definitiva, y le destinó á la casa del rey de Navarra, con quien acababa de casarse en segundas nupcias.

Por aquellos primeros actos de Francisco I podría creerse que volvía animado de las mismas intenciones, dispuesto á sostener el equilibrio entre la Sorbona y los innovadores. Pero, suponiendo que él no hubiese cambiado, todo había cambiado á su alrededor. Encontraba á la Sorbona y al Parlamento

mucho más ardientes y mejor armados para el nuevo procedimiento; recordados al clero sus deberes por el gran Sínodo llamado de Sens, que Duprat mismo había dirigido, verdadero prefacio del Concilio de Trento. En cambio encontraba al partido reformista, tan prudente en un principio, completamente desmantelado con la humillante sumisión de unos y la fuga de los otros; no quedaban en pie más que los violentos y los intrépidos que iban derechamente, en cuanto á doctrinas, á las consecuencias de la Reforma, y en cuanto á sus personas, á la hoguera. Francisco I, semejante en esto á Erasmo, á Marot, á Dolet y á Rabelais, no era aficionado á aquellos locos, á aquellos iluminados, iconoclastas hoy, mártires mañana.

Un incidente acabó de decidir al rey, tal vez irresoluto todavía, por el partido de Duprat, del cardenal de Tournon y de Montmorency. El lunes de Pentecostés (4 de Junio de 1528) se encontró en la calle de los Rosales una estatua de la Virgen, mutilada, nueva hazaña indudablemente de algún luterano. Inmediatamente, de convento en convento se organizaron inmensas procesiones expiatorias, en las cuales había de tomar parte indispensablemente el rey Cristianísimo. Fué cirio en mano á pedir perdón á la Virgen y á poner en lugar de la imagen mutilada una estatua de plata.

Poco desagravio era aquel. La Sorbona reclamaba otro, y entonces la necesitaba Francisco I para sus negociaciones con el rey de Inglaterra. De nuevo reclamó á Berquin, que proseguía abiertamente su campaña por Erasmo y contra Beda, y que había tenido influencia para que el rey denunciara al Parlamento (Julio de 1527) ciertas proposiciones de Beda. A fines de 1528 se reanudaron las persecuciones, pero sin atreverse á prenderlo; su actitud, altiva y firme, probablemente habría dado á los debates giro favorable para él, cuando un criado que Berquin mandaba á un amigo con ciertos papeles se desmayó por el camino, en el puente del Cambio, precisamente al pie de una estatua de la Virgen. Unos transeuntes recogieron el paquete, se lo llevaron á Beda, que encontró herejías en aquellos papeles. Berquin fué preso, metido en el Chatelet, y

aquella vez se llevó activamente su causa. La sentencia se dictó el 16 de Abril de 1529. El Parlamento le condenó á la degradación de sus títulos y honores, á retractación con una antorcha en la mano, á ver quemar sus libros, á que le quemaran los labios, le talaran la lengua y le marcaran la flor de lis en la frente, después de lo cual sería entregado al obispo de París y encerrado por toda su vida, «con prohibición definitiva de que se le dé libro para leer ni pluma para escribir». La ejecución tenía que verificarse inmediatamente, y ya se agrupaba la muchedumbre en la plaza. Pero cuando fueron á buscarlo, el sentenciado apeló contra el consejo de su amigo Budé. El Parlamento se reunió á la mañana siguiente (17 de Abril), revisó el procedimiento y dictó pena de muerte. La sentencia se pronunció á las diez de la mañana y se ejecutó á las doce. «Se hizo y despachó aquello—dice el *Journal d'un Bourgeois*—el mismo día con gran diligencia, á fin de que no le auxiliaran el rey ni su hermana, que entonces estaba en Blois.» Así desapareció, con un golpe de traición jurídica, el hombre que, según la frase de Teodoro de Bèze, habría podido ser el Lutero de Francia.

FLUCTUACIONES DEL REY.—El suplicio de Berquin hizo volver en sí un momento á Francisco I, reavivando su odio contra la «estupidez de los teologastros». Su desquite fué la institución, modestísima al principio, pero significativa, de los «lectores regios». La enseñanza libre del griego y del hebreo, «lenguas heréticas y luteríficas», era un tiro directo contra la Sorbona, que en 1530 no dejó de reprobarlo.

En aquel momento (1530-1531) fué cuando las circunstancias exteriores obligaban á Francisco I á decidirse, y se engañó á sí mismo, como hacen los caracteres débiles, con una serie de contradicciones. Poco convencido, poco seguro todavía de su manera de pensar, dejándose llevar del escepticismo práctico de los egoístas que no son malos, colocando en igual término en su vida y en su pensamiento los asuntos de Estado y los placeres, las intrigas cortesanas y el gran duelo con Carlos V, harto ligero y holgazán para abarcar las cuestiones importantes,

pero bastante bien guiado por una especie de instinto regio para no ignorarlas fácilmente, impresionable y muy dispuesto á la veleidad, aquel hombre incapaz de gobernarse á sí mismo se convirtió por acaso un momento—momento muy corto y que no se reprodujo—en árbitro de la cuestión religiosa en Europa.

Los príncipes protestantes en Smalkalda y Enrique VIII en Inglaterra solicitaban su alianza. Con una palabra podía transformar la faz de las cosas, librarse de Carlos V y del papa, seguir siendo el rey Cristianísimo y convertirse en protector de la Iglesia galicana. Indudablemente, la perspectiva de una ruptura con la Iglesia, más ó menos semejante á la que iba á consumar Enrique VIII, le pareció una cosa que no podía hacer un rey de Francia. ¿Con qué artificios diplomáticos le ayudaron á determinarse en tal sentido? Poco importa: el más conocido y el más grosero, que resultó suficiente, fué la promesa del Milanesado.

La entrevista de Francisco I con el papa Clemente VII en Marsella (Octubre de 1533) y el casamiento del delfín con Catalina de Médicis, sobrina del papa, señalan el primer triunfo de la nueva política, la primera prenda seria dada por el rey á la reacción. El cambio no se verificó súbitamente. Quizá estaba en el interés de los vencedores que el rey no se enterara tan pronto de su victoria. Acaso se lisonjeara interiormente de no ser el prisionero del papa, de ser el dueño de la situación; al salir de Marsella, donde todo se lo había prometido al papa (20 de Noviembre), hizo deliberar á su Consejo de Aviñón (25 de Noviembre) sobre un gran proyecto de alianza con los protestantes de Alemania. Parece que durante algunos meses su regla de conducta consistió en sostener el equilibrio entre los partidos, para castigar con dureza al primero que se emancipara. Éste fué el de la Sorbona.

LA SORBONA.—Mientras Duprat y los suyos procedían con hábiles miramientos, la Sorbona prescindió de ellos y atacó á la hermana del rey. Se la denunció en cátedra, se la hizo figurar en una sátira descarada, que se representó en el tablado del colegio de Navarra el 1.º de Octubre de 1533, en que

aparecía subyugada por un demonio llamado Megera (Magister Gerardo Roussel). Beda se atrevió á más: mandó prohibir por la Sorbona un librito devoto compuesto en versos franceses por la reina de Navarra, llamado *Espejo del alma pecadora*, cuyo crimen era no hacer mención de la Virgen ni de los santos.

Desde Lyon envió Francisco I orden de desterrar á treinta leguas de París á Beda y á sus turbulentos colegas, de prender al gran maestro del Colegio de Navarra, y por último de exigir explicaciones á la facultad de teología por su censura contra el libro de su hermana. El resto de la Universidad no estaba dispuesto, ni mucho menos, á hacer causa común con la Sorbona; en las demás facultades había hecho grandes progresos la Reforma. El primer acto del rector recién nombrado, doctor Nicolás Cop, fué mandar desautorizar ex-

presamente por la asamblea de las facultades la censura temerariamente dictada. Á su vez, se creyó vencedor el partido reformista demasiado pronto. Se ilusionó con el favor de la reina de Navarra y de Du Bellay, obispo de París. El día de Todos los Santos, el rector Cop pronunció en la iglesia de los Matutinos un sermón sobre la «filosofía cristiana» que trataba de hacer resaltar las ideas fundamentales de la verdadera religión: salvación sólo por los méritos de Cristo, único intercesor cerca del Padre, la obediencia á Dios por el atractivo de la gracia, no por la esperanza de las re-

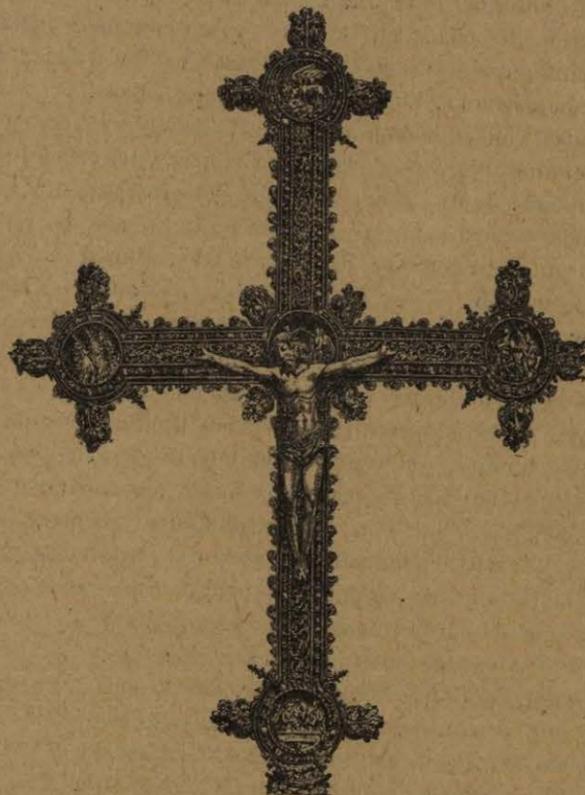
compensas ó el temor á las penas. Aquel discurso, que parecía un manifiesto, había sido compuesto para el rector por un joven de veinticuatro años, recién llegado á París, muy amigo de Cop y llamado Juan Calvino.

Aún no se sabía bien en París qué compromisos había adquirido el rey con el papa en Marsella: se supieron al día siguiente de aquella campanada; el rey mandaba desde Lyon dos bulas papales que reorganizaban

seriamente el procedimiento contra los herejes. Hasta entonces «no habían sido castigados según su demérito, por medio de las apelaciones y subterfugios que usaban». En adelante, dos consejeros, delegados á la vez del Parlamento y del obispo, acumularían los poderes de ambas jurisdicciones (10 de Diciembre). La carta del rey é instrucciones muy imperiosas de Duprat y de Montmorency ordenaban además al Parlamento que procediera inmediatamente

contra los autores de cierto sermón de Todos los Santos que no se conocía en Lyon más que de oídas.

Enterado el doctor Cop dijo que apelaría ante el Parlamento y salió para el Palacio de Justicia, pero como en el camino pudo averiguar que no saldría de él, volvióse atrás y tomó en el acto el camino de Basilea. Á la mañana siguiente se hizo un registro en el colegio de Fortet, en las habitaciones de su joven amigo Juan Calvino, que había desaparecido, auxiliado, al parecer, por la reina Margarita. El Parlamento pegó la cabeza del rector. Beda volvió triun-



Crucifijo del siglo XVI (Catedral de León)

falmente con sus colegas de desgracia, y empezaron las prisiones, tanto más fáciles cuanto que aquellos meses de ilusiones habían soltado la lengua á muchos, que habían de pagar caras sus imprudencias.

HOGUERAS EN PROVINCIAS.—En las provincias, el movimiento de represión católica, menos dificultado que en París, ya se había afirmado con suplicios. En Tolosa, dos profesores de derecho habían promovido gran agitación el año anterior; eran Juan Cadurc, sacerdote joven, licenciado en Derecho, y Juan Boyssoné, noble tolosano de una gran familia de magistrados. El Parlamento les formó causa con intención de sacarlos libres. Boyssoné abjuró con gran solemnidad y dejó el país. Juan Cadurc se negó á ello; su crimen consistía en haber querido sustituir, en un banquete del día de Reyes, el vulgar estribillo *¡El rey bebel* por la siguiente frase: «Cristo reina en nuestros corazones.» Con insistencia le dijeron que redujera su retractación á algunas palabras pronunciadas ante los estudiantes. Reflexionó y optó por la muerte, que sufrió ante toda una juventud indignada, pero aterrada (Junio de 1532).

Por la misma época (11 de Diciembre de 1533), en Ruan subía á la hoguera, después de largo proceso, un eclesiástico á quien ni Margarita había podido salvar, Esteban Lecourt, párroco de Condé-sur-Sarthe, cuyas herejías conocemos por los autos. Había dicho: «Si los huesos de San Pedro estuvieran en mi iglesia, les daría honrosa sepultura; pero si mis feligreses fueran á venerarlos, los metería en un saco para echarlos al río.» También había dicho: «La Sagrada Escritura ha estado mucho tiempo oculta por el latín; ahora es necesario que cada cual tenga libros en francés.»

En Lyon, Baudichon de la Maison-Neuve se libró de la muerte después de largos meses de cárcel, gracias á la intervención enérgica de los berneses, de quienes necesitaba entonces Francisco I.

Menos afortunado otro ginebrino, fué quemado en París en Marzo de 1534. En Junio se quemó á un valeroso dominico convertido á la Reforma, llamado Alejandro Canus.

NEGOCIACIONES CON MELANCHTHON.—Fran-

cisco I volvió á París en Febrero de 1534, después de haber concertado en Bar-le-Duc un tratado secreto con el landgrave de Hesse. Su entrevista con el héroe de los protestantes de Alemania le suavizó mucho en lo concerniente á sus súbditos herejes. Quiso de nuevo, y con sinceridad, llevar á Francia á Melanchthon, el más sabio y moderado de los luteranos. Du Bellay, obispo de París, aprobó aquel proyecto; su hermano Guillermo du Bellay de Langey, diplomático hábil, con gran reputación de franqueza, salió para Alemania, y fué á negociar con los príncipes y las ligas suizas. Tuvo conferencias en Basilea, Zurich y Estrasburgo con los jefes de la Reforma y les presentó á Francisco I como muy accesible á planes reformadores, cuyas bases discutió; no les pidió sino que renunciaran á tratar al papa de Antecristo y al papismo de idolatría. Melanchthon, aunque sin fe alguna en el resultado, escribió la memoria que le pidieron para la transacción (Junio de 1534).

En el interior, por lo menos en París, hubo también un período de distensión. La Sorbona había logrado meter en la cárcel á Gerardo Roussel (Febrero); el rey lo hizo absolver por el Parlamento y ponerle en libertad (Abril), pero cuando quiso el predicador subir al púlpito, el pueblo, amotinado, llamándole á voces luterano, no le dejó predicar. Por otra parte, Beda, incapaz de refrenar sus odios, volvió á irritar al rey, que lo mandó encarcelar y luego lo desterró al Monte de San Miguel.

Parece que en aquellos momentos Margarita había recobrado todo su imperio sobre el rey, desde la muerte de su madre. Decían que gobernaba también á la joven princesa Catalina, y que ésta había traído como capellán á un italiano partidario de las ideas nuevas. Alrededor del obispo Du Bellay se agolpaba un grupo de hombres instruidos y moderados, con los «lectores regios» al frente. Si no eran «evangélicos», todavía tenían menos de fanáticos, como Budé, Vatable y Danès, futuro obispo de Lavaur. Guillermo Petit, obispo de Senlis, ex confesor del rey, pasaba por ser «medio luterano».

La situación seguía, pues, siendo dudosa, y aun no había nada irrevocable; el rey

indeciso, distraído ó fingiendo indiferencia, no se mostraba hostil más que á los fanáticos de ambos partidos, cuando ocurrió un suceso insignificante que habría que considerar deplorabilísimo, si en realidad fué causa, y no pretexto, de lo que sucedió después.

LOS CARTELES.—El 18 de Octubre amanecieron pegados en varios sitios de París y otras ciudades unos carteles (1) impresos con el siguiente rótulo: *Artículos verdaderos sobre los abusos horribles de la misa papal*. El mismo rey, que estaba entonces en Amboise, encontró aquel violento libelo pegado á la puerta de su habitación.

Tarde ó temprano tenía que ocurrir algo así. No era posible conformarse toda la vida con aquel luteranismo á medias que respetaba los ritos fundamentales del catolicismo limitándose á la supresión de prácticas supersticiosas. Pero aquella calaverada, debida á la iniciativa de algunos impacientes, precipitó los acontecimientos, haciendo perder á los moderados de ambos partidos el fruto de su prolongada paciencia. No puede ocultarse que al rey le llegó aquello á lo vivo, le agravió como una afrenta personal; el hecho de un ataque directo á la esencia misma del culto católico, lo grosero del tono, la maquinación necesaria para aquella colocación simultánea de carteles, la audacia de los desconocidos que habían podido penetrar en el palacio, todo había de exasperarlo y darle á comprender que ya no atacaba aquel puñado de rebeldes á la Sorbona ni á la Iglesia solamente, sino á la autoridad regia. Tuvo que ver—y no costó trabajo convencerle—que la Reforma acababa siempre por la rebelión. En Alemania se iba mucho más allá de lo predicado por Lutero: después de la guerra de los villanos, había estallado la de los anabaptistas. Se había asegurado que en Francia no había luteranos, sino evangélicos. ¿Cómo negar á la sazón que los cabecillas eran luteranos, y quizá algo peor, sacramentarios, vanguardia de los anabaptistas?

(1) Este uso de los carteles (*placards, escripteaux ou affiches*), era cosa nueva. A uno de ellos, en verso, que empezaba diciendo: «¡al fuego con los herejes!», contestó Marot con otro muy inspirado, cuyo comienzo era: «¡Al agua con esos predicadores locos!» La Sorbona persiguió á los «lectores regios» por haber anunciado sus lecciones por medio de carteles.

Al día siguiente hubo gran procesión en París para pedir á Dios el descubrimiento de los culpables; al domingo siguiente, nueva é imponente procesión en todas las parroquias. La justicia prometió cien escudos de recompensa al que descubriera quién ó quiénes hubieran puesto los carteles, amenazando con el fuego á los encubridores.

En pocos días, y gracias, al parecer, á la traición de un «ex avisador de asambleas secretas de los evangélicos de París», el Chatelet se llenó de presos. El 10 de Noviembre ya se habían dictado siete sentencias de muerte; empezaron á ejecutarse el 13, quemando al hombre que menos podía haber tomado parte en la colocación de carteles, á un paralítico llamado Bartolomé Milón. Los suplicios se sucedían diariamente y se buscaba el medio de hacerlos más crueles; entonces se inauguró la horca con cadenas de hierro que permitía prolongar los padecimientos del ajusticiado, sumergiéndole repetidas veces, vivo todavía, en las llamas de la hoguera. Los condenados solían ser artesanos oscuros: un tejedor, un albañil, un iluminador, un impresor. También quemaron á Juan du Bourg, rico mercader de paños. Si el número de víctimas de condición acomodada no era mayor, fué que al primer aviso de las persecuciones, cuantos pudieron escaparse, hasta los extranjeros, alemanes y suizos, emprendieron la fuga, temiendo en igual grado, y con sobrada razón, el rigor de los tribunales y el furor del populacho fanático. «No hay casa—escribía el gran naturalista Conrado Gesner, que entonces tenía diez y ocho años, y juzgó prudente como otros muchos huir de París—donde no se hayan hecho registros para encontrar escritos luteranos.» Un Du Bellay, hermano del obispo, tuvo que protegerlo.

Aquella fiebre persecutoria duró tres meses. El 29 de Enero de 1535, el rey, de regreso expresamente para ello, tomó parte en París en una nueva procesión expiatoria, pero esta vez la expiación era más efectiva que en 1528; mientras el rey, cirio en mano, iba de iglesia en iglesia, se encendieron, á señal dada por él, seis hogueras, puntos de parada de la procesión.

El 25 de Enero de 1535, el Parlamento